

CONTINENTE NEGRO

Estados Unidos recorta los fondos para África, una oportunidad para repensar el sistema de ayudas

INTERNACIONAL

03_07_2025



Anna Bono



Sin la ayuda humanitaria estadounidense, en los próximos cinco años podrían morir

más de 14 millones de personas, incluidos 4,5 millones de niños menores de cinco años. Así lo afirma un estudio cuyos resultados acaba de publicar *The Lancet*, la conocida revista científica especializada en el campo de la medicina. Para llegar a esta conclusión, los autores del estudio han verificado los efectos de las intervenciones humanitarias estadounidenses en todo el mundo durante 20 años, así como su impacto en los países en los que se han llevado a cabo. Esto les ha permitido elaborar proyecciones sobre lo que sucederá si estas ayudas desaparecen.

El análisis de los datos relativos a 133 países muestra que, entre 2001 y 2021, en los países en desarrollo, con ingresos bajos y medios, la ayuda estadounidense salvó la vida de 91 millones de personas, entre ellas 30 millones de niños. Los resultados más importantes se obtuvieron en la lucha contra el VIH/Sida, con una reducción de la mortalidad del 65 %, en la prevención y el tratamiento de la malaria, del 51 %, y de las enfermedades tropicales, del 50 %. «Para muchos países de ingresos bajos y medios, el impacto de la cancelación de la ayuda humanitaria estadounidense sería comparable en magnitud a una pandemia mundial o a un conflicto armado grave», explicó Davide Rasella, coautor del artículo publicado en *The Lancet* e investigador del Instituto de Salud Global de Barcelona. «Los recortes en la financiación corren el riesgo de interrumpir bruscamente, e incluso de revertir, dos décadas de avances en materia de salud para las poblaciones vulnerables».

Fiel a su programa político, el presidente Donald Trump, pocas horas después de su toma de posesión en la Casa Blanca el pasado mes de enero, suspendió temporalmente los programas de asistencia llevados a cabo en el marco de la cooperación internacional al desarrollo, muchos de los cuales estaban a cargo de organizaciones no gubernamentales y colaboradores locales. Lo hizo con una de sus primeras órdenes ejecutivas: *Reevaluar y realinear la ayuda exterior de Estados Unidos*. Convencido de que no toda la ayuda internacional está alineada con los intereses estadounidenses y que, en muchos casos, es contraria a los valores estadounidenses, la orden ejecutiva explicaba que se suspendía con efecto inmediato la asunción de compromisos y la concesión de fondos a países extranjeros y organizaciones no gubernamentales durante 90 días, al término de los cuales se decidiría qué programas continuar, modificar o interrumpir.

Las verificaciones comenzaron de inmediato y los inspectores se centraron en primer lugar en las actividades de USAID, la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional, el principal organismo gubernamental encargado de la concesión de ayudas internacionales, que por sí solo gestiona 40 000 millones de los

casi 70 000 millones de dólares asignados cada año por Washington a la cooperación internacional, lo que equivale al menos al 38% de todas las contribuciones públicas y privadas registradas por las Naciones Unidas. En marzo, tras seis semanas de verificaciones, el secretario de Estado estadounidense, Marco Rubio, anunció que se había cancelado el 83% de los programas de USAID. Los aproximadamente mil restantes, dijo, se gestionarían de manera más eficiente, bajo la supervisión del Departamento de Estado y con el asesoramiento del Congreso.

En un editorial anterior, publicado el 22 de marzo, *The Lancet* se preguntaba: «Dado que incluso países como Gran Bretaña, Francia y Alemania (los contribuyentes más generosos después de Estados Unidos, n.d.a.) están reduciendo los fondos para la ayuda, ¿quién o qué puede llenar el vacío?». «El sistema de ayuda es lejos de ser perfecto —comentaba el editorial—; durante años, los críticos han señalado sus defectos intrínsecos, argumentando que la ayuda alimenta la dependencia en lugar de promover el desarrollo a largo plazo. En muchos países, la ayuda sustituye a los recursos nacionales, con miles de millones perdidos debido al fraude, la mala gestión y la corrupción».

A pesar de todo —el despilfarro, la corrupción, los fracasos, los proyectos mal concebidos...—, USAID ha evitado la muerte de más de 90 millones de personas en 20 años. Treinta millones de niños que habrían muerto han sobrevivido y se han convertido en adultos.

El recorte de Estados Unidos y otros países donantes de fondos para la cooperación internacional pone objetivamente en dificultades a cientos de millones de personas, a menos que, como sugieren *The Lancet* y otros observadores, se convierta, como podría ser, en una oportunidad para replantearse toda la gestión de la ayuda global. Sería mejor, entonces, que los gobiernos de los países más dependientes de la ayuda internacional aprovecharan los recortes para asumir finalmente la responsabilidad de los servicios sanitarios, y no solo estos, prestados hasta ahora por la cooperación internacional, en lugar de seguir echando la culpa de la pobreza y el falta de desarrollo al resto del mundo, sobre todo a Occidente, para salvar su imagen ante sus compatriotas. Sería mejor que los recortes fueran una oportunidad para que las poblaciones que se han beneficiado hasta ahora se dieran cuenta de lo mucho que deben a la ayuda internacional y de lo mucho que esta ayuda compensa los servicios que, por negligencia y corrupción, sus gobiernos no se preocupan de garantizar.

El continente que más se ha beneficiado de la USAID y, en general, de la cooperación internacional es África, donde se registra el 94 % de los casos de malaria,

viven dos tercios de los enfermos de Sida y se producen la mayoría de las epidemias causadas por enfermedades tropicales. El pasado mes de febrero, Jean Kaseya, director de los Centros Africanos para el Control y la Prevención de Enfermedades, se dirigió a Marco Rubio: «¿Cómo podemos hacer frente a las epidemias sin financiación?», protestó. A continuación, escribió a los jefes de Estado y de Gobierno africanos advirtiéndoles de que, sin una intervención urgente para compensar la pérdida debida a la suspensión de la ayuda estadounidense y a los recortes de los fondos para la ayuda internacional anunciados por otros gobiernos, se prevén entre dos y cuatro millones de muertes más al año en África. Algunos países africanos han reaccionado con orgullo diciendo que a partir de ahora se las arreglarán solos. Uno de ellos es Uganda. Su ministro de Información, Chris Baryomunsi, en nombre del Gobierno, afirmó que Uganda es perfectamente capaz de valerse por sí misma sin depender de la ayuda extranjera.

Mientras tanto, el 30 de junio en Sevilla, en la cuarta Conferencia Internacional sobre la Financiación para el Desarrollo, los jefes de Estado y de Gobierno africanos reunidos reclamaron, como es habitual, ayudas para hacer frente al cambio climático, del que afirman ser víctimas injustas, la renegociación y cancelación de la deuda externa y nuevos financiamientos. Preocupado por la ausencia de Estados Unidos en la conferencia, el presidente de Kenia, William Ruto, tomó la palabra: «Exhorto a Estados Unidos —dijo— a reconsiderar su posición. La financiación internacional sigue siendo indispensable para África. África no pide favores. Queremos justicia, equidad, asociación e inversiones». Pidió a los países presentes que firmaran el documento final, que prevé compromisos financieros por valor de 4 billones de dólares para la consecución de los Objetivos de Desarrollo Sostenible de las Naciones Unidas.